



Queridos amigos:

Comienza el año y de pronto nos vemos acosados por la cruda realidad: ¡los exámenes! Bueno, vosotros más que yo. Mi primera palabra es de ánimo, *al toro y por los cuernos*. Pero no quiero hablaros de esto. Voy a invitaros a pensar por un momento en cosas absolutamente más grandes y absolutamente más pequeñas. Quizá sirva para ver que estas tres semanas no son el centro del mundo, aunque sean muy importantes. Vamos allá.

Quizá hayáis pensado alguna vez en la inmensidad del universo. A mí me pasó en el planetario de Madrid (¿Qué significa millones de años luz en kilómetros?, impensable). La grandeza del mundo me hacía tomar conciencia de nuestra pequeñez, de nuestra casi insignificancia. Basta, por otro lado, subir a un avión y ver cómo lo humano, todo lo que ha construido el hombre, apenas es nada en comparación con la extensión de la realidad. *Pero*, y este pero es en el que quiero fijarme, parecería que todo se ha puesto de acuerdo para crear las condiciones de vida necesarias para que existamos. Todos los movimientos del universo y sus leyes han creado este pequeño espacio donde nosotros podemos existir y gozar de la vida. ¿No es asombroso? Decía un profesor que las posibilidades de existencia humana en el universo eran las mismas que si esparcidas las piezas de un Boeing 747 en la pista de un aeropuerto un huracán las uniera correctamente. Pese a que muchas veces la naturaleza parece volverse contra nosotros, lo cierto es que ofrece posibilidades sobreabundantes de vida.

Ahora quiero dar la vuelta al calcetín porque a nuestro alrededor existe un pequeño microcosmos como se han encargado de hacernos ver de forma fantasiosa tantas y tantas películas infantiles (*Cariño, he encogido a los niños*, por ejemplo). Me refiero a que todos tenemos en nuestras manos un espacio que siendo pequeño está lleno de objetos y realidades. Y me pregunto: así como el gran universo se ha organizado para que nosotros, los humanos, estemos cómodos aquí, ¿no deben nuestras pequeñas manos crear una especie de pequeño hogar acogedor para todas las cosas que han sido puestas bajo nuestro poder? Dicho con una terminología extraña en este ámbito: si el universo es una especie de seno materno que cuida con afecto (¿se puede decir esto?) de las condiciones de nuestra vida, las cosas que nos rodean ¿podrían decir lo mismo de nosotros?

Voy a concretar. ¿Hasta qué punto un libro se siente cómodo en nuestras manos? ¿Una prenda de vestir de las de nuestro armario puede relajarse porque se la ha tratado con cariño a la hora de recogerla? ¿Está bien doblada, por ejemplo? ¿La comida con la que nos encontramos podría decir que es acogida y respetada, o es maltratada por la forma de comer y no comer? Si se despertaran de su sueño impersonal las cosas de las que somos dueños y que nos rodean, ¿podrían alegrarse de tenernos como señores de su universo?

Como entenderás no te estoy diciendo que hay que ser un “niño bueno y ordenado”, sino que te preguntes por tu relación con las cosas, porque a través de ella te puedes reconocer como un *déspota* al que no le importa lo que está por debajo de él o como un *buen pastor* de la realidad.

¿Tú sientes el afecto del mundo por ti? Los cristianos creemos que el amor de Dios podemos sentirlo al descubrir lo bueno este mundo que nos acoge y que creó para nosotros. Por otra parte, ¿tratas con cariño las cosas que tienes entre manos? Esto es lo contrario de vivir *con todo y con todos* con una relación de “usar y tirar”. Piénsalo. Nada más por ahora.

Durante el tiempo de exámenes no os convocaré a ningún encuentro. Después me gustaría que volvierais a pensar si no sería algo bueno encontrarnos para dialogar o rezar...

Un saludo. Paco.